

Dijimos: ¡ya es bastantel, a la peste.
La enfermedad sólo en los libros,
nunca con pupitre en las escuelas.

Dijimos: fuera la mina
(apuntalando a viva luz
las arterias de la tierra),
Que no haya truenos traicioneros,
que lleven casco los hombres,
abiertas las puertas
que nadie caiga debajo de su estera.

Dijimos: ¡esto jamás!, nada de fusiles.
Aplaquemos con justicia el hambre de las fieras,
sean puestos los barrotes por las calles
con el resto de las velas,
que nadie haya sin luz por sus ideas.

Dijimos: paz. Haya paz
con la tierra, entre los hombres,
con los mares, los elementos, las fronteras.

El viento, árbol y fruto, fue ligero
con las hojas.
El agua que besó la tierra
trajo vida. Doró la acequia el sol.
Pueblan las mieses el reino de la cienaga.
Crece por la esencia de la hierba
un trozo constante de esperanza.

Y sin embargo,
ese ronco ruido,
ese arrastrar cadenas,
ese amasar el pan
—escondido entre la noche—
de la muerte,
qué hace aquí, poniendo mojón
a sus fronteras,
contando días, vidas enteras,
enseñando su cuchillo,
arrojando, de las justas que tenemos,
algunas vidas como migas a la basura en las afueras?

Ahora que la razón es ya un uso extendido,
timbrado hasta en monedas,
—camino que de la piedra nos eleva,
corona que se debe y puede enarbolar—
increpemos a la esencia de las cosas,
a los hombres del poder,
a los dueños de la fuerza,
en nombre de que empresa se sangra
todavía a tanta gente
la razón,
y el corazón,
y hasta las venas.

la causa
de la muerte prematura
que aún se extiende por la
tierra,

RAFAEL MARTINEZ

